

DOI: <http://dx.doi.org/10.5007/2175-8034.2014v16n2p189>

GIABELLINA BRUMANA, Fernando. **El lado oscuro. La polaridad “sagrado/profano” y sus avatares.** Katz: Buenos Aires, Madrid, 2014, 210 p.

Diego Villar

CONICET, Argentina

E-mail: villardieg@gmail.com

Tal vez la intuición fundamental de la sociología francesa clásica sea la centralidad del fenómeno religioso. Una centralidad genética, porque la religión es la *fons et origo* de la vida colectiva, el hecho social total por antonomasia. Una centralidad analítica, también, porque en la doctrina durkheimiana la religión no es otra cosa que una transfiguración de la propia sociedad. La trama de Fernando Giobellina Brumana parte justamente del contraste entre dos maneras de aproximarse a lo sagrado. Una primera actitud es la que encarnan los estudiosos durkheimianos: lo sagrado es un objeto para la ciencia sociológica que hay que recortar, definir, interpretar, y el analista escapa –o supone que escapa– a su influjo; en este libro, el que encarna esa postura es Robert Hertz. Una segunda actitud, muy distinta, es la de aquellos que rehúsan escapar de lo sacro: hombres que quieren ser totales, o al menos ansían serlo. Georges Bataille es el prototipo de quienes buscan reencantar el mundo, volverlo a abrir a lo sagrado: “Una carga tan pesada convirtió a Bataille en alguien a quien los etnólogos en general citan, cuando lo hacen, sólo para no mostrarse incultos, pero con cierto guiño a los lectores de condescendiente complicidad. La idea que me guía es que un descarte de Bataille tan superficial, tan bien pensante, conlleva una pérdida, pero no una pérdida *à la* Bataille, en la que, si se mira bien, el que pierde gana, sino una pérdida en un sentido más habitual, como la de una pieza de *puzzle* necesaria para completarlo.

Para recuperar lo dejado de lado hay que abstraerse, con detalle y paciencia, de las *boutades* y delirios que abundan en la maraña de sus escritos; canibalizarlo fuera de toda preocupación por su figura, por la consistencia de su obra” (p. 13).

Para establecer la oposición entre Bataille y Hertz, que es la clave argumental del libro, Giobellina Brumana reconstruye vívidamente el contexto intelectual francés de la primera mitad del siglo 20, trazado por líneas de fuerza que ligan la etnología con el psicoanálisis, la filosofía, la literatura, el surrealismo y a la vez hechos políticos como el socialismo, el fascismo, el capitalismo o la democracia burguesa. Rescata, por ejemplo, las polémicas sobre la relación entre obras de arte y objetos etnográficos: si etnólogos como Marcel Griaule o Michel Leiris sostienen que se trata de artefactos de un mismo orden, Bataille decreta sin ambages la inferioridad de los últimos. Para Leiris el “arte primitivo” es la inversión purificadora de la opresión de Occidente, que diluye la fantasía exótica de que los africanos son puros y auténticos: “Por el contrario, son tan farsantes, tan inauténticos como los blancos, como los colonos, como los expedicionarios, como cualquier parisino. Y también tan desdichados” (p. 28). Para Bataille, en cambio, el buen salvaje no es más que una ilusión; el corolario es que el arte primitivo es horrible, grotesco, con una proximidad inquietante al horror incommunicable de la animalidad.

El libro distingue tres momentos en la obra de Bataille: uno de “candidez lúdica”, otro de “reflexión” y el último de “delirio y vértigo frente al abismo”. Los momentos se materializan respectivamente en tres publicaciones: *Documents*, *La Critique Sociale* y *Acéphale*. La obra y los textos, a la vez, se ligan con los sucesivos emprendimientos de Bataille. El más famoso seguramente sea el *Collège de Sociologie*, malogrado por la segunda guerra mundial pero sobre todo por la incompatibilidad triangular entre sus animadores (Bataille, Michel Leiris, Roger Caillois). La descripción de las sesiones en la librería de la calle Gay-Lussac es pintoresca: al eclecticismo de las comunicaciones se suman los malentendidos entre etnólogos y filósofos o las intervenciones intempestivas de espectadores comunistas o de extrema derecha. Las ambigüedades armonizan con el itinerario personal del carismático Bataille hacia

una filosofía vertiginosa, cifrada en el rechazo radical de la belleza, la razón y el sistema. Lo sagrado termina siendo *la part maudite*: el gasto, la ostentación, el desperdicio, todo aquello que no tiene utilidad ni remite a nada salvo a sí mismo. Este exceso es la manifestación ontológica de una dinámica que viene de la misma energía natural, que tiene en el sol su origen (“El sol siempre da sin nunca recibir”); a la vez, como muestra Giobellina Brumana, es un correlato del nihilismo, la deserción de la política, la inmersión en la experiencia interior, la fascinación por la muerte, lo absoluto, lo inefable, “la verdad que sólo el silencio no traiciona” (p. 53).

La segunda parte del libro contrapone el proyecto disparatado de Bataille con la seriedad temperada de Robert Hertz. El folclore europeo, las representaciones de la muerte, las clasificaciones dualistas, la universalidad de las nociones de pecado y la expiación: los fenómenos analizados por Hertz quedan yermos, exhaustos, y los estudios posteriores no parecen ser más que una serie de notas al pie de su trabajo. Pero Hertz no es sólo la antítesis de Bataille por la brillante lectura sociológica de lo sagrado, sino también, y fundamentalmente, por su misma biografía. Hertz es abstemio, equilibrado, activo militante socialista, buen padre y fiel esposo de una famosa pedagoga. Movilizado durante la primera guerra mundial, escribe a su mujer hasta la víspera de su muerte. La correspondencia muestra a un hombre pacífico sacudido al encontrarse en medio de la mayor violencia imaginable. También revela al intelectual fascinado entre los obreros y campesinos de la masa del ejército, a los cuales sólo había estado unido hasta entonces por principios ideológicos y racionales. En una especie de comunión laica, Hertz busca perderse en el anonimato de esa masa anónima, tan distinta de la burguesía –sólo luego de un año los reflejos del sociólogo logran romper el hechizo y Hertz comienza a recoger el folclore popular de la Mayenne, región de origen de buena parte de la tropa: “Durante mucho tiempo, desde el comienzo de la guerra, hubiese tenido escrúpulos de recoger estas notas. Me parecía que era servir a otro dios, y que era frívolo” (p. 131). El sacrificio, que en Bataille era cuestión de literatura, es en Hertz compromiso existencial. Y la hora del sacrificio llegó, y a los treinta y tres años muere ametrallado al salir de su trinchera, encabezando un ataque inútil.

Si fuera preciso señalar algunas impresiones generales sobre el libro, hay dos ausencias notorias en la trama. Primero una ausencia en sentido estricto, la de Roger Caillois, que aparece de modo lateral y fragmentario, pero cuya obra –creemos– amerita un análisis más denso. No sólo por la referencia más obvia, *L'Homme et le Sacré*, a medio camino entre las experiencias opuestas de lo sagrado de las que parte el argumento de Giobellina Brumana, sino también por los ensayos, eclécticos y sugestivos, sobre el simbolismo animal, lo lúdico o el mito. Si se nos permite el juego de palabras, en cambio, la segunda ausencia es una “ausencia” bien presente. Porque el libro es sobre Bataille y Hertz, pero termina siempre hablando de Leiris. Por su autenticidad existencial, por los dilemas etnográficos, por sus incursiones en la literatura, incluso por sus relaciones con las mujeres, Leiris representa para el autor el papel de némesis (o al menos cable a tierra) de Bataille. Pero la mayoría del tiempo aparece como una suerte de trickster mediador, que bascula entre las dos interpretaciones de lo sagrado en busca de algún tipo de equilibrio, o acaso de redención: “Y era por pago –5 francos (unos 2 €) diarios más algo de pescado seco–, por lo que este hombre se había ofrecido a transmitir su sabiduría a los franceses de la Misión, pero sin por ello convertirse en un servidor incondicional [...] Además estaba el intérprete que Leiris necesitaba en su comercio con su informante no francófono, un teniente del ejército colonial, dogon islamizado de unos cincuenta años, cuyo desconocimiento de la lengua secreta hacía que el trabajo de recopilación en el que debía colaborar pareciera con frecuencia una comedia de enredos. Con ese par, o con ese trío –y en *L'Afrique fantôme* vemos las contrariedades a las que lo someten–, Leiris mantiene un pulso continuo que en modo alguno esconde a los ojos del lector [...] Pulso, por otro lado, en el que Leiris intentaba paliar la astucia o la mala fe de sus informantes usando su propia astucia y mala fe, echando mano de otros nativos con cuyas declaraciones enfrentaba a los primeros, aparentando saber mucho más de lo que en verdad sabía y mostrando que sus servicios no eran tan indispensables. Adiós, pues, a los arcanos develados iniciáticamente, a la sublime etnografía de lo sublime a la que Griaule cada vez más iría apeándose. En su lugar, *La langue...* es un ejercicio de realismo

que nos brinda un material con cierto grado de incertidumbre, no una revelación, en fin, algo mucho más próximo al producto de una práctica científica” (pp. 113-114).

De igual modo, es claro que Giobellina Brumana tiene mucha más empatía con Hertz que con Bataille. Pero, paradójicamente, los capítulos que consagra al segundo son mucho más interesantes que los dedicados al primero; como si, de alguna manera, en homenaje involuntario a Bataille, “la parte maldita” tuviera una atracción oculta, pasional, misteriosa. No parece casual, en este sentido, el humor que dinamiza la primera parte del libro: “Patrick Waldberg, en la época con 25 años, cuatro décadas después de los acontecimientos describió la primera reunión nocturna de los conjurados, una docena, en un bosque cercano a París, Montjoie en Saint-Germain-en-Laye, cargado de connotaciones místicas y políticas: reunidos alrededor de un viejo roble al que un rayo había descabezado, iluminados por una antorcha y por trozos de azufre ardiendo, sufrieron cortes rituales con pequeñas dosis de sangre derramada, se mantuvieron unos instantes en silencio y volvieron sobre sus pasos, cada uno por sí, de la misma manera que habían venido. Las reuniones se repitieron durante dos años mes tras mes, siempre con luna nueva, mientras la exigua comunidad vivía según normas que la llevaban a momentos de silencio y abstinencia seguidos de otros de impudicia y promiscuidad, además de a largas marchas colectivas a pie. El grupo se fue deshaciendo y, por fin, el estallido de la guerra hizo ya demasiado disparatado su mantenimiento. Hubo una última reunión, en la que Bataille pidió a los tres, solo tres, supervivientes que lo sacrificasen para generar así el mito tras el que andaba. Como es obvio, los compañeros no accedieron y todo quedó en un gesto (o en una bufonada) [...] Me cuesta pensar a esa gente degollando un carnero, para poner un ejemplo, tarea para la que hay que poner cierto empeño, cierta destreza técnica (los animales son muy suyos a la hora de dejarse cortar el pescuezo), tener la presencia de ánimo de habérselas con litros de sangre y, además, seguir algún ordenamiento ritual para que esa muerte sea en verdad un sacrificio y no una torpe carnicería. En fin, que lo más posible es que todo no haya pasado de reuniones tipo campamento *scout*” (69-70).

Al final del camino, lo curioso es que las dos vías –la vorágine extremista, partisana, desenfrenada de Bataille, la austeridad objetivista y equilibrada de Robert Hertz– conducen a un destino común. “Lo sagrado”, madre de todas las categorías en la sociología durkheimiana, termina siendo un callejón sin salida a la hora de explicar lo social: o se lo reifica (Bataille) o se lo diluye (Durkheim). En el *No Man’s Land*, autores como Mauss, Hertz o Leiris buscan matices que no llegan al fondo de la cuestión. Es que el desencantamiento del mundo puede interpretarse de muchas formas, pero parece inexorable. Para Giobellina Brumana, la llave maestra que podría ofrecer una salida está perdida en las fronteras, en los confines, en las márgenes; así, plantea relaciones interesantes entre las ideas de Hertz y las relaciones de género de los mehinaku del Brasil central, los cultos afrobrasileños, la ciencia ficción o la propia teología cristiana. El libro culmina pues en una paradoja, que acaso no disgustaría a Bataille. La única alternativa posible a la racionalización y el desencanto es un nuevo inefable sociológico: la liminaridad. Pero no es imprescindible que sigamos a Fernando Giobellina Brumana en ese camino para apreciar, no obstante, los quilates de este libro erudito, irreverente y sobre todo provocador.

Recebido em 1º/12/2014

Aceito em 7/12/2014